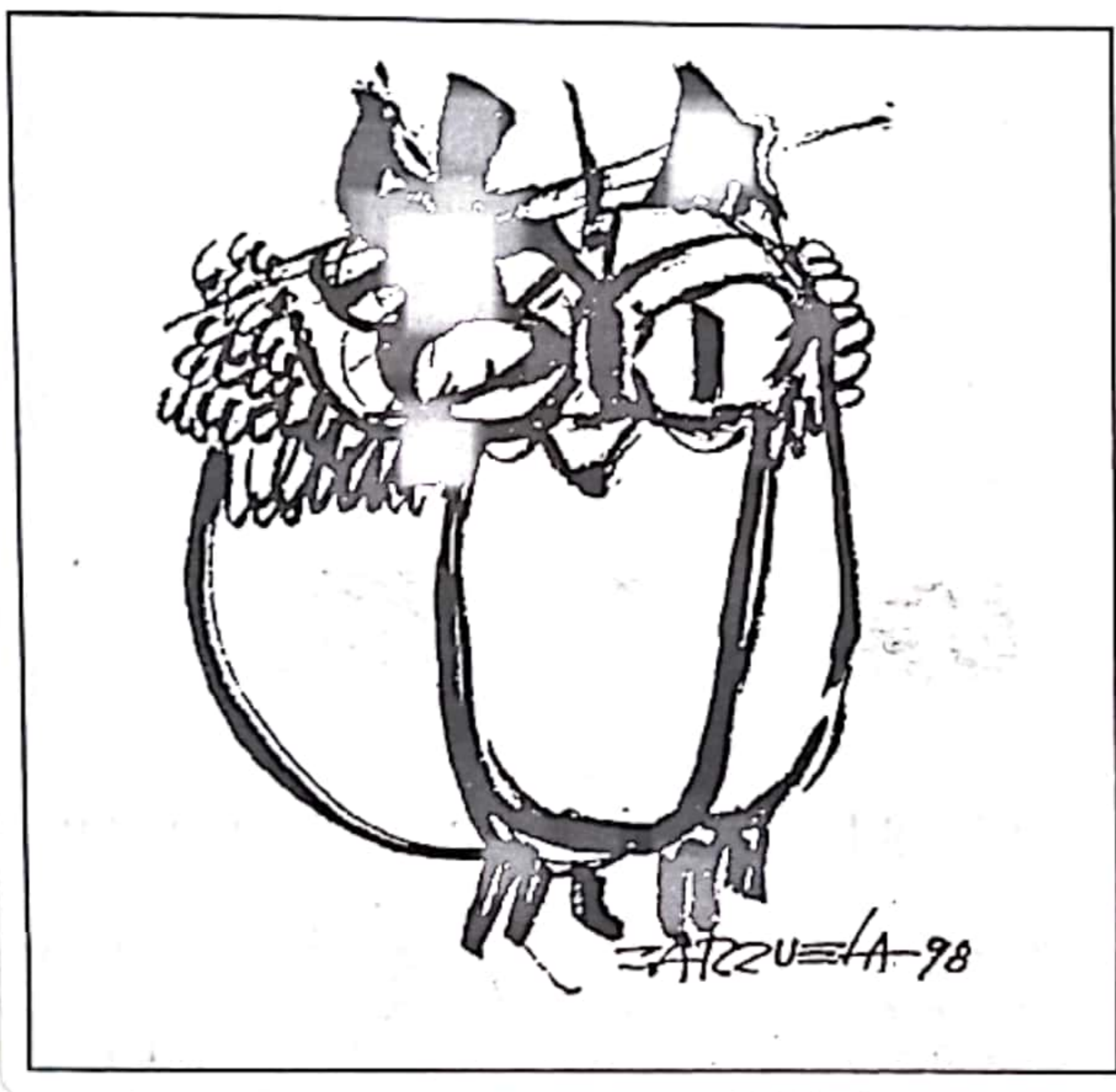


Entre la bohemia y la literatura

- Los novísimos poetas bolivianos -

Por Homero Carvalho



La poesía es ante todo una actitud ante la vida, un desafío al orden de cosas establecido. Una manera de mirar el mundo y transformarlo, aunque sólo sea interiormente. De ahí que los confabulados en esta actividad, asuman la misma, desde distintos lugares: La Universidad, el puesto de trabajo, la calle o el bar simplemente.

Generación que oscila entre la opción revolucionaria y la música disco. Que surge con la muerte del Comandante de América, el profeta del hombre nuevo. Que vivió la dictadura militar y la huelga de hambre de 1977, iniciada por cuatro mujeres mineras, que puso fin al gobierno del septenio. Generación que en términos cronológicos se sitúa entre los 20 y los 35 años de edad (aclaración necesaria para los que desde 50 años atrás vienen asistiendo, como representantes bolivianos, a todos los encuentros internacionales de juventud).

Generación de poetas que hasta hoy muestran una actitud irreverente frente a los que desde siempre se consideran los nuevos escritores bolivianos. Actitud justificada en la mayoría de los casos, ya que basa su altanería en la calidad de la obra literaria; de esa obra que no tiene otro precio para el autor que el de ser leída. (Que el lector lea en ella lo que el escritor lee en su obra).

Jóvenes escritores que, a falta de sellos editoriales y de fondos de fomento a la cultura, inventan sus propias colecciones, sus casas editoras, sus recursos económicos y se convierten en promotores y comercializadores de sus libros, sin llegar a rescatar el capital invertido siquiera (En fecha 30 de marzo de 1984, un semanario paceño ofrecía al público un listado de los autores más vendidos en la ciudad. El segundo, el tercer y cuarto puesto eran ocupados por escritores de esta promoción. Entre los tres apenas si pasaban los doscientos ejemplares).

Creadores que mimetizados en los desoficios de empleados públicos, prósperos comerciantes, vagos, mantenidos y hasta algún policía judicial, sobreviven el día desesperando la noche para sumir su propio verbo, nuestra reprimida identidad en este caso y sumergirnos "Pisando la tierra para hundirse en su sombra/Danzará el danzante hasta morir/Hasta llegar tan cerca y seguir en huesos/Danzando con su sombra" (El Danzante y la Muerte-Fernando Rosso).

Sin embargo los hay de todos los pelos y colores, los hay como los describiría Nietzsche "tienen sus pequeños placeres diurnos y sus pequeños placeres nocturnos, pero respetan la salud", seres incapaces de brindar la solidaridad militante a los que saben que al mundo no se transforma contemplándolo; se lo transforma sumergiéndose en el movimiento de los

hombres que quieren cambiarlo. Así vive Eloy Amaru, con gorra y chalina desplegada al viento, pegando sus poemas en las paredes: "Las paredes se han convertido en el periódico mural del pueblo, donde yo también escribo versos y octavillas".

Los hay felices en su desarmonía, de los que se toman tan en serio que sorprende no descubrirlos ni siquiera desesperados, apenas insatisfechos con su obra y con la "izquierda". Y aunque éstos no son los años, ni los lugares, por ahí están los que creen que viven el tiempo de los poetas malditos, de las torres de marfil, de las evasiones, de la obstinada soledad y también de los acróbatas de las palabras, tratando de sorprender a un público que no poseen; los consonanteros que riman barriga con hormiga porque sí. Por esos callejones desandando su angustia, se puede ver a los pretendidos marginales, editando cuanto libro pueden y buscando publicar en cuanta revista o periódico se presente. (Obviamente que jamás en el "...").

Por ahí andamos, desgarrados en nuestra soledad prestada a los libros robados, con los últimos poemas bajo el brazo y el alma de bufanda; buscando una musa que nos confunda y nos devuelva la alegría olvidada en algún barcito de mala muerte.

En este irremediable panorama de la cultura, los poetas se constituyen en los solitarios héroes de la desolación y el olvido. Escribiendo sobre el desastre y la esperanza cotidiana. Ahí están los afincados en Santa Cruz, con el "taller literario", que ya lleva más de tres años luchando con las chúcaras palabras, difundidor de "La Sospecha Generalizada" que se querrela contra la oligarquía cruceña y sus secuaces. Si no que nos lo cuenten Gustavo Cárdenas, Ricardo Serrano y Antonio Rojas.

Antonio Otazo, Eduardo Nogales, Eloy Amaru, Antonio Rojas, Martha Gantler (dónde estará?). Viviana Limpias cuyo verbo provoca misas de desagratios y llantos hipócritas de beatas. Sissy Torrico y su poesía erótica. Jorge Campero (que seguramente dirá "ah tiempo ah"). Lucho Andrade y su manifiesto de la "Revolución Kultural". Edwin Salas que desde Suecia, recuerda a Trinidad y sus calles. Fernando Rosso, que jura por sus antepasados que la palabra es una joya divina. Humberto Quino, sus amargas imágenes de la avenida Buenos Aires y su pose de "Niño Terrible". Rubén Vargas con su "señal de cuerpo". Marcelo Arduz Ruiz, con su poesía de la tierra y del aire. Marcelo Urioste, Juan Carlos Orihuela, Edwin Guzmán, Julio Barriga, este último lamentablemente inédito.

Bueno, por ahí me olvide de alguien, ni modo. ¡El que se enoja, pierdel...

